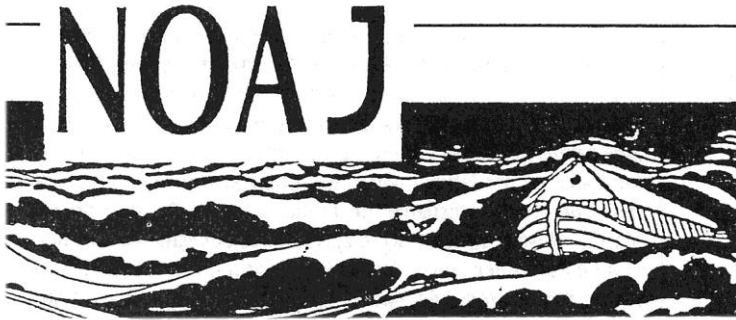




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Sherbakovsky, Elías Samuel. "El padre de los monos" (fragmentos). pp. 64-67

Elías
Samuel
Sherbacovsky

“El Padre de los Monos” (fragmentos)

*Nació en La
Plata, Argentina,
1936. Desde 1969
vive en Israel.
Ejerce el
periodismo.*

Abrum no tenía noción de su soledad, pensaba yo detrás de mi café con leche. Pertenecía a la generación de los que sólo sabían padecer de dolores físicos. Los celos le irrumpían espontáneamente, no porque estuviese interesado en ellos. Eran toscos como la vida. Podía pasarse días sin dirigirle la palabra, y con la misma incomprensión volvía a hablarle con cualquier pretexto. Con los codos plantados sobre la mesa llena de migas, y con las manos en las sienes finamente arrugadas, Abrum me buscaba ocupaciones par retenerme en Haifa. Lo hacía con tanto entusiasmo que siempre terminaba con el pelo revuelto. En las fotografías lucía el pelo ondulado y el rostro despejado de los pioneros y constructores que admirábamos en Quilmes entre los insulsos retratos de los generales José de San Martín y Manuel Belgrano, siempre colgados en alguna pared para despistar a quienes quisiesen inspeccionarnos las lealtades. Para imaginar mejor, Abrum se metía los dedos entre las ondas anchas y todavía sorprendentemente negras de su cabello. Empezaba ofreciéndome ser su asistente y el aprendizaje del oficio de pintor olvidando que ya lo había hecho el día anterior con idéntica fogosidad. Sus repeticiones no me irritaban pero me devolvían a la cama con Leonor, o a la gran escena. ¿Alguna mujer en Israel me desnudará, me acorralará como Leonor en un hotel de citas, me agarrará de los testículos para llevarme a una bañera de agua espumante y sazónada con sales aromáticas?, me preguntaba de pronto.

En 1969 todos querían pintar sus casas en Haifa, una ciudad bonita entre sierras. Una atmósfera de celebraciones recorría el país. Viajar al exterior era un sueño nacional, y una ambición irrenunciable la adquisición de un coche para recorrer sus

Testimonio

nuevas extensiones después de la guerra. Supongo que el único que hablaría con los pajaritos desde su largo banco de madera, como los que se usaban en los banquetes de inmigrantes de mi infancia, sería Ernest Kolmann, el **"Padre de los Monos"**. Si no quisiera ser pintor de casas, Abram tenía un paisano, de Varsovia, que podría emplearme como electricista en obras de construcción. Josl Varshavsky vendía hilos de coser y botones en un zaguán de la calle de Krojmalna, cerca del orfelinato donde Dvora Holzman había internado a sus hijos hasta que pudiese volver por ellos desde Haifa, donde Abram se abría camino con sus brochas al acecho de los chacales del monte Carmelo. Varshavsky también tenía unas manos blandas y los dedos quebradizos. Junto con otros escapados tras la invasión alemana a Polonia, se había metido en Haifa después de desembarcar de un bote, caminando por el mar en las horas de la madrugada, cuando los vigilantes ingleses patrullaban la costa muertos de sueño. **"¿Crees que tiene algo de deshonesto ser electricista de obras?"**, preguntaba Abram sin perderme de vista al observar que comenzaba a moverme en el asiento para recoger la vajilla del desayuno. Este comportamiento llenaba de orgullo a mi madre, que me había enseñado a pensar en los demás. Me parecía un desatino que Dvora nos encontrara hablando delante de los platos sucios y de los envases de yogur, llenos de mis colillas y cenizas, al retornar del mar cargada con las cestas de las frutas y las verduras. Abram me retenía colocando sus pesadas manos sobre mis antebrazos, y arremetía con otra de sus conocidas propuestas. Me conseguiría un puesto

"El Padre de los Monos" (fragmentos)

mejor aún que el de pintor o electricista de obras: ser operario en las refinerías de petróleo de la bahía de Haifa. En ocasiones, tomándome de una mano me conducía a su espartano jardín sobre las faldas del Carmelo para que pudiera apreciar la imponencia de la refinería y la altura de sus torres en medio de la llanura, entre el azul sereno del Mediterráneo y el de los ténues cielos de fines del verano. Allí trabajaba su único pariente en el país, un sobrino que había perdido tres dedos, no de los más importantes, en la guerra de 1948. Era imposible consultarlo en esos días pues solía servir como reservista del cuerpo de blindados en el canal de Suez, donde se libraban pequeños combates casi a diario. El de 1969 era todavía uno de esos años de la posguerra europea en los cuales las relaciones familiares y los parentezcos estaban en agua de borrajas entre los sobrevivientes que habían arribado a Israel. Había sobrinos que, según fuese su edad, sustituían a hijos muertos e hijos que se transfiguraban para ser padres de hermanos menores. Había huérfanos que convertían en padres a sus tíos, madres que se convertían en abuelas, y abuelas que volvían a ser madres.

"Él te conseguirá el puesto en las refinerías, tiene muchos conocidos allí desde la guerra de 1948", me aseguraba Abram, **"y así, poco a poco, entre todos, formaremos una nueva familia, con hijos más pequeños y más grandes, unos estarán sanos y otros se enfermarán, unos serán solteros y otros casados... ¿caso tienes tú parientes en Israel?"**. En este punto empezaba a terminar Abram el invariable monólogo de nuestros desayunos a solas. A mí, realmente,

me apetecía salir a caminar por los bulevares o visitar los magníficos jardines del templo Bahai. **“En Haifa, por lo demás, hay de todo, igual que en Tel Aviv”**, me convencía una y otra vez buscándome alguna mirada de asentimiento entre las que yo ponía sobre la nata que desde pequeño me provocaba náuseas en la leche del café. Debajo de la mesa del comedor, las piernas duras del viejo Holzman, sacudidas por un ansioso temblor, buscaban las mías. Para no ofenderle yo retiraba la silla donde había colgado mi chaqueta hacia atrás, y simulaba buscar mis cigarrillos. Cuando se presentaba la oportunidad, con el propósito de no dejarle la impresión de que estaba hablando solo, por ejemplo en el instante en el que Abram trataba de llevarse el pan embebido en el café a la boca, le hacía notar con mi escueto *idish*, uno de los idiomas que aprendí de oídas, que mi profesión era la de periodista. Si se demoraba recogiendo el pan mojado con una cucharilla y empujándolo con los dedos, le agregaba rápidamente que me había desempeñado como periodista en Radio Belgrano. **“¿Y qué?”**, me interrumpía belicoso y tragando el pan de una vez para que no volviese a caérsele de los labios. **“Cuando se quiere, pero hay que quererlo, todo se puede aprender!”**, se entusiasmaba Abram mientras sus rodillas volvían a rozarse con las mías. ¿Qué desconocido, por menos extraño que fuese, se habría atrevido a toquetearme en Buenos Aires como el viejo Holzman?

La compulsiva intimidad de Abram me molestaba. Me era imposible pensar que podía tratarse de una expresión de afecto. ¿Cuántos días habían transcurrido desde mi desembarco en el

puerto de Haifa? Mi tendencia fue juzgarle como a los que nos toquetean para ganarse nuestra complicidad, o a los incapaces de decir nada sin poner sus manos encima del prójimo por temor a no ser oídos. Así son los pobres, gente sin vida privada ni pudor, pensábamos con Leonor mirándonos en el espejo del cielo raso. Era uno de esos malestares indefinidos que bien puede padecer una gota de mercurio amenazada por quien quisiese apresarla después de quebrarse el termómetro. ¿Por qué me molestaban las rodillas huesudas del viejo Holzman rozándose con las mías? Ahora veo que mi termómetro, en aquellos primeros días del inacabable año 1969, estaba intacto como la idiotez. Los retratos de los generales José de San Martín y de Manuel Belgrano se me habían muerto con sólo poner el pie en el muelle del puerto de Haifa. Uno había cruzado a lomo de burro la cordillera de los Andes para libertar a otros pueblos, y el otro había creado la enseña patria con los colores del cielo a orillas del río Paraná, pero eran generales parias en mi vida. Con ellos era posible vivir sin compromisos, equilibrando sobre la cuerda floja y engullendo monumentales platos de fideos “al pesto”. Era posible vivir sin amarlos ni odiarlos, ser argentino. No estaban en el cuarto que me había designado Dvora para dormir. En sus paredes de color rosado había un paisaje tejido con lanas, y colgado encima de un antiguo sillón el perfil de un adolescente esculpido en piedra. El presentimiento me decía que en Haifa no habría escapatorias. No habría más **biógrafo**, como solía llamarlo mi padre cuando se iba a llorar al cine. Lo quisiera o no, en Haifa me soñaba un hombre que se estaba

volviendo sordo, un hombre empecinado. Leonor se había reconciliado con Tito López y su madre, la panadera, para apuntalarle el matrimonio y fortalecerle la indignación le decía que yo me había marchado al **"país de los judíos"**. Por más que pudiera ignorarlo, sabía que en la habitación contigua, a un paso de donde yacía, el viejo Holzman me soñaba sin retroceso, noche a noche. Dvora me había preparado la cama con sus mullidos y limpios almohadones, rellenos con **duvet** polaco como los de mi abuela la de Viena. Abrum ignoraba que sus sueños hicieron que, por primera vez, comenzara a sentir la presencia de mi cuerpo como algo más que un simple instrumento.

Abrum no podía saberlo porque era un pintor de brocha gorda y soñaba únicamente aquello que deseaba. Al oscurecerse el pequeño comedor por la caída del sol en el Mediterráneo me aseguraba que sus sueños no eran fantasías. Soñaba que los hijos que yo no tenía serían sus nietos, los que, por lo menos una sola vez antes de morir, le formularían las cuatro preguntas de la cena de *Pésaj*, y que él les relataría que **"fuimos esclavos en Egipto"**. Yo extendía mis brazos de periodista hasta la pared del cuarto y observaba si tenían sus músculos. Antes de marcharme a Jerusalem era común que me durmiese imaginándome al pie de las escaleras de Abrum, y alcanzándole

las brochas chorreando de pintura en las casas que se iban pintando en Haifa antes de que comenzaran a caer las primeras lluvias. Avergonzada por sus ronquidos entremezclados con un llanto que recogía a tiempo y transformaba en un silbido, Dvora se excusaba diciéndome que los efluvios de la pintura y los disolventes le habían endurecido el esófago, *nébej*¹. ♦

(1) Pobrecito